

ARGENTINIDAD Y VARELIDAD

ARCHIVOS PARA LAS MEMORIAS E IDENTIDADES LOCALES Y NACIONALES

"Argentinity" and "varealidad"

Archives for local and national memories and identities

- Mirta Amati (amati@gmail.com)
- Laura Kaplan (faciespetrae@yahoo.com.ar)

RESUMEN

En el proyecto, indagamos la producción de identidades/identificaciones localizadas (bajo las categorías de "argentinidad" y "varealidad"). Debido a que en dicha cuestión, la producción de memorias e historias a través de la formación de archivos y colecciones son centrales y los Estados, los grupos socio-comunitarios y los "empreendedores de memorias", sus principales agentes, realizamos contactos con las organizaciones, participamos de eventos y proyectos conjuntos, observamos espacios y materiales y entrevistamos a referentes. Esto posibilitó conocer las lógicas de trabajo colectivo así como los usos de los archivos, las prácticas de coleccionismo y las estrategias de comunicación. Los datos empíricos relevados de archivos, grupos y organizaciones nos permitieron diferenciar –en el universo abordado– grupos y actores, así como detectar matrices y lógicas localizadas: en las diferentes organizaciones del estado y en la sociedad civil. Detectamos articulaciones y grados de autonomía en los *modos de hacer* (recolectar, archivar, divulgar) estatales y sociales. Las metodologías del trabajo de campo implementadas nos facilitaron rastrear "instituciones" y "tradiciones" (selectivas) pero, también, "formaciones" que trabajan con (o promueven) la constitución de archivos como *soporte de identidad/es*. Indagamos diferentes "usos" por parte de distintos colectivos: trabajadores de museos y archivos locales, instituciones y comunidades culturales, educativas, socio-comunitarias y emprendedores de memorias. Documentos, fuentes y archivos (personales y comunitarios) y los patrimonios (documentales, históricos y culturales) son producto pero, a la vez, producen formas de comunalidad y agrupabilidad, movilización de recursos, desarrollo cultural y económico, entre otros.

ABSTRACT

In this project, we investigate the production of national and local identities/identifications (under the categories of "argentinidad" and "varealidad"). Because in this matter, the production of memories and stories through the formation of archives and collections are central, and the States, socio-community groups and "memory entrepreneurs", its main agents, we make contacts with the organizations, we participate in

events and joint projects, we observe spaces and materials and we interview references. This made it possible to understand the logic of collective work as well as the uses of archives, collecting practices and communication strategies. The empirical data collected from archives, groups and organizations allowed us to differentiate – in the universe addressed – groups and actors, as well as detect localized matrices and logics: in the different organizations of the state and in civil society. We detect articulations and degrees of autonomy in the state and social ways of doing (collecting, archiving, disseminating). The fieldwork methodologies implemented made it easier for us to track "institutions" and "traditions" (selective) but also "formations" that work with (or promote the formation of) archives as a support for *identity(ies)*. We investigate different "uses" by different groups: local museum and archive workers, cultural, educational, socio-community institutions and communities, and memory entrepreneurs. Documents, sources and archives (personal and community) and heritage (documentary, historical and cultural) are products but, at the same time, produce forms of *communality* and *grouping*, resource mobilization, cultural and economic development, among others.

PALABRAS CLAVES: Memorias, Identidades/Identificaciones, Archivos

KEYWORDS: Memories, Identify/Identifications, Archives

INTRODUCCIÓN

La temática del proyecto -en continuidad con el anterior UNAJ-Investiga-¹ está centrada en la producción de identidades/identificaciones nacionales y locales. Se trata de una problemática que, en el campo académico contemporáneo pero también en las políticas públicas, está signada por un interés permanente y, al mismo tiempo, por la dispersión, la diversidad y multiplicidad (Arfuch, 2005). Actualmente, conocer las lógicas de identificación y diferenciación colectivas son centrales en distintos campos disciplinares pero también en las actividades de gestión y las políticas culturales. Los patrimonios tienen la capacidad de representar simbólicamente identidad/es y es esto lo que explica la movilización de recursos para su conservación y desarrollo (Prats, 1997, 22).

El coleccionismo, la patrimonialización y el uso de los archivos son un tema al que se han abocado los Estados (nacionales, en primer lugar, pero también provinciales y municipales); además, comenzaron a ser recurrentes en las memorias privadas. La "memorabilia" (Huyssen 2002) se incrementó, no sólo como efecto de Estados y gobiernos que implementaron políticas de recolección de objetos de la vida cotidiana, convocando a

¹ Queremos agradecer especialmente a quienes integraron e integran el equipo, por las entrevistas realizadas o desgrabadas así como la puesta en común de los resultados parciales y las discusiones e intercambios: Sebastián Ávila, Luciana Aon, Romina Décima, Mariano Fernández Ameghino, Adriana Galizio, Myrna Insúa, Leandro Larinson, Sebastián Paris, Mariana Robles, Laura Ruggieri, Gabriela Tedeschi.

“vecinos” (personajes locales, artistas, referentes sociales, etc.), sino también con la presencia de las redes sociales que permiten mostrar, poner en escena y construir una memoria personal, familiar, grupal. Esos procesos supranacionales, estatales y sociocomunitarios fueron modificando las fronteras de lo privado y lo público en el espacio local y en el espacio de las redes sociales.

Se trata de un cambio histórico asociado a las (bio)tecnologías -como sucedió en anteriores etapas y genealogías históricas (Foucault, 1997)- que impactan en la concepción de los archivos y sus usos. Si bien a través del tiempo los cambios tecnológicos impactaron en los paradigmas disciplinares y el propio conocimiento -el universo categorial, las metodologías y protocolos al momento de recolectar, conservar y difundir los archivos y fuentes-, el estudio de los diferentes usos de los archivos y la interdisciplinariedad está vacante en el estado del arte.

El estudio académico de las “identidades/identificaciones” comparte los avatares sufridos por los “archivos”. El estado actual del conocimiento del tema -desde la antropología y los estudios culturales hasta la teoría política- entiende a las identidades como producciones socio-comunitarias y culturales. Esto supuso dejar de pensarlas como una serie de cualidades o esencias, para concebirlas como una “construcción nunca acabada, abierta a la temporalidad y la contingencia”, es decir: como una “posicionalidad relacional” sólo temporariamente fijada en el “juego de las diferencias” (Arfuch, 2005, p. 24). Se trata de discursos “inestables”, que dependen de la construcción de “otro/as”y, por lo tanto, de un procedimiento “deconstructivo, crítico y político” (Hall, 1996).

En Argentina y los demás países de América Latina -aunque no exclusivamenteesta cuestión pasó por tres momentos: 1. La etapa de formación de los Estados-nacionales (y sus narrativas homogeneizantes que sostenían que cada Estado tenía una cultura y una identidad); 2. la etapa neoliberal (con narrativas y políticas “multiculturalistas” con un relato donde las identidades y culturas eran múltiples, fragmentadas, particulares, posmodernas, que planteaban “deconstruir” las homogeneizaciones estatales y “celebrar” la diversidad) y 3. la etapa actual, donde se critica la falsa disyuntiva entre los dos modelos anteriores que mostraron sus fracasos, planteando la necesidad de discutir las desigualdades y producir un pensamiento autónomo, situado, descolonizador (Grimson 2011, p. 245). En esta última, en lugar de plantear “teleologías identitarias” (sean globales, latinoamericanas, nacionales o locales), se pasó a sostener la necesidad de la casuística y los estudios empíricos, un pensamiento “autónomo” (del “legado cultural y civilizatorio”, europeizante), que indague las “configuraciones culturales”, propias de “cada sociedad que significan las identificaciones de distinto tipo” (p. 266). Por esto, se plantea pasar de las falsas dicotomías que condenan la homogeneidad o celebran la heterogeneidad, a la necesidad de estudiar las “articulaciones de heterogeneidad”, la “interculturalidad”, las “lógicas de relacionamiento y de diferencias”,

los “marcos” para pensar los pasados, presentes y futuros de los grupos pertenencias, en fin: las relaciones con el poder, con los contextos, con los/as otro/as.

Desde el campo historiográfico, el estado de la cuestión también pasó por procesos similares. El estudio de las “comunidades imaginadas” (Anderson, 2000), “el imaginario de la República -o “formación de las almas”- (Carvalho, 1997); la invención de “tradiciones inventadas” (Hobsbawn y Ranger, 2002), los “lugares de memoria” (Norà, 1984) marcaron una etapa donde se abordó el modo en que los Estados nacionales produjeron, inventaron o imaginaron a sus propias comunidades, para lo cual debieron (re)crearlas, usando un “material cultural” heredado, adaptándolo y reciclándolo para enfrentar las necesidades del presente (Burke, 2000).

No estuvo ausente la crítica a una historiografía nacionalista que consideró las acciones, identidades e historias de los sectores subalternos y/o minoritarios como la extensión de las elites, descuidando los procesos desarrollados con autonomía a ellas. Si bien era importante conocer cómo las identidades se construyeron “desde arriba” -el trabajo del Estado y sus dispositivos: la escuela, el ejército, el museo, el archivo- no se pueden descuidar cómo fueron apropiadas o resistidas “desde abajo”. Por esto, la formación de colecciones y archivos, los museos y monumentos, que indagamos en nuestro proyecto, son una puerta privilegiada para acceder a esos procesos y experiencias sociohistóricas de formación de identidades y memorias (así como a las perspectivas de los actores y grupos subalternos que las (re)crean, resisten, desvían). Son “fenómenos duales”: “construidos esencialmente desde arriba” no pueden entenderse si no se lo hace también “desde abajo” (Hobsbawm, 1998, p. 18).

Así, el actual contexto encuentra un estado del arte caracterizado por fronteras que se borran y géneros que aparecen “confusos” (Geertz, 2003): la arqueología tiende a la historia y la historia, a la arqueología (Foucault 1997, p. 11), la distinción entre la historia-memoria y la memoria-ficción ya no es tan nítida. El interés por los “lugares de memoria” (Norà, 1984) es promovido incluso por el campo historiográfico; las selecciones y muestras del propio historiador comienzan a incluirse en el análisis (Caimari, 2017), distinguiendo el archivo “dado (público o privado, material o digital)” del “archivo propio”, construido por los mismos investigadores con un fin específico.

El estado actual del conocimiento del tema se aleja de las perspectivas esencialistas y se posiciona en teorías y trabajos de campo que conciben a las identidades/identificaciones -nacionales y locales- desde una perspectiva múltiple e interdisciplinar que asume una dimensión “narrativa, multivocal o multiacentuada, performática” (desde Bajtín y Austin hasta Butler) pero, no por ello, deja de tener en cuenta las “experiencias materiales e históricas” (Thompson, 1989; Scott, 2015), las “relaciones interculturales” (Grimson, 2011), la formación, comunicación y usos de dispositivos materiales como los “archivos y documentos” (Le Goff, 1998; Foucault 1997). En fin, se conciben las identidades (nacionales, regionales,

locales) así como los imaginarios y dispositivos materiales en que se (re)crean y disputan como una permanente “pregunta empírica”.

Ese marco teórico no sólo nos llevó a sostener esa pregunta de indagación *observacional y experiencial* sino también a definir objetivos e hipótesis. Nos propusimos indagar las identidades/identificaciones, memorias e historias locales *a través de la formación y los usos de archivos por parte de distintos colectivos*: trabajadores de museos y archivos, instituciones y comunidades culturales, grupos socio-comunitarios y emprendedores de memoria.

Debido a que nuestra investigación se enmarca en una perspectiva comprensiva, no en “una ciencia en busca de leyes” sino en una ciencia interpretativa en busca de significaciones” (Geertz, 1987, p. 20), propusimos hipótesis concebidas como “presupuestos fundados en las disciplinas científicas” (Guber y Rosato, 1986). Es decir, no hipótesis cuya validez fuimos a confirmar o refutar sino “presupuestos” fundados en nuestro campo (inter)disciplinar: sirvieron como guía o problematización de los hechos observados, base para su interpretación e, incluso, para proponer nuevas hipótesis (más sugestivas o “mejor fundadas” en los resultados de nuestro proyecto):

1ro. Los propios actores (estatales y sociales) son los que seleccionan y jerarquizan como “memorable” (como “argentino” y “varelense”) ciertos acontecimientos, objetos y fuentes (que coleccionan y archivan) con los que se identifican e imaginan como comunidad nacional y local.

2do. Los archivos, fuentes y objetos constituyen patrimonios localizados. Pueden pensarse como una variable que, en sí misma, da cuenta de los “procesos de totalización” (nacionalización o varelización) sobre hechos y espacios particulares.

3ro. Si queremos acceder a memorias localizadas habrá que indagar: memorias y archivos “oficializados” (municipalizados); “oficiosos” o subalternos (archivos socio-comunitarios, personales, privados, memorias minoritarias, perdidas, olvidadas).

4to. Si “el archivo” no es un conjunto de documentos y textos conservados sino que funciona como la “ley de lo que puede ser dicho” (Foucault, 1997, p. 219), es decir, que define “el sistema de su enunciabilidad”, “de la formación y transformación de enunciados” (p. 220), se deberá indagar: “qué” se considera o enuncia como archivo; “cuáles” pueden ser enunciados de ese modo; “a cuáles” se les otorgan “otras denominaciones”; “cuándo” determinados patrimonios “entran” en esa categoría.

METODOLOGÍA

Como metodología de abordaje, utilizamos el trabajo de campo ya que se trata de un “método abierto de investigación en terreno” (Guber, 2001, p. 16) que posibilita el acceso a las perspectivas de diversos actores así como la “flexibilidad” necesaria para “advertir lo imprevisible, lo que para uno/a no tiene sentido” (p. 17). Esta elección está fundada en las características de la temática, los objetivos propuestos y el marco teórico descriptos en el ítem anterior.

La perspectiva de tipo etnográfica y microsociológica posibilitó el acceso a “sentidos y significaciones” de los actores e instituciones en relación a la temática identitaria y memorial-patrimonial-archivística. La participación u observación participante; las conversaciones y entrevistas con informantes clave; la búsqueda, el registro y sistematización de archivos, fuentes y documentos (la conformación de un corpus oral y otro textual y fotográfico, relevados en campo) permitieron la obtención de evidencias y resultados.

El *diseño de investigación* contó con cuatro etapas, desarrolladas por distintos integrantes del equipo distribuidos en subgrupos (que abordaron las diferentes líneas del tema en estudio).

El primer momento fue de búsqueda y reconocimiento de archivos y fuentes centrales en la identidad local así como de actualización del estado de la cuestión. Esta primera identificación se realizó “en campo” con el objeto evitar una selección “a priori”, imponer nuestras apreciaciones y correr el riesgo de obviar patrimonios documentales significativos para los grupos en estudio. Además, esto permitió confeccionar una guía de entrevista común a las distintas líneas del proyecto (dividida en diferentes secciones, con el objeto de articular las preguntas y consignas con las dimensiones de análisis).

El segundo momento consistió en el contacto con autoridades, trabajadores y emprendedores de memoria a partir del cual:

1. Se realizó un listado de instituciones y referentes claves.
2. Se relevaron datos de fuentes documentales y archivos.
3. Se detectaron “tipos” de instituciones, grupos y actores.
4. Se realizó un “muestreo intencional” de instituciones/grupos y personas a entrevistar (fundado en los objetivos de investigación).

El tercer momento consistió en la toma de entrevistas, relevo de información de los archivos y fuentes recabadas y participación en actividades para el posterior análisis y comparación de los resultados y evidencias.

El cuarto momento se radicó en el análisis de los resultados y escritura del informe.

En este reporte técnico, nos focalizamos en las entrevistas. La metodología para la selección de las mismas se realizó a partir de un *muestreo intencional basado en las instituciones y grupos locales relevados* en la primera etapa del trabajo de campo, que trabajan en las líneas temáticas de nuestro proyecto y la temática general de las memorias e identidades locales a través de distintos tipos de reservorios o archivos. A partir de esas características, como parte del proceso de toma de decisiones de quienes investigamos –y no en el porcentaje o la probabilidad de los casos (Hernández Sampieri et al., 2014), seleccionamos ocho instituciones/grupos y doce personas o referentes. En función de esto, se eligió a quienes entrevistar siguiendo los perfiles relevados en dichos espacios: profesionales, investigadores técnicos, amateurs, emprendedores de memoria.

El contexto de los encuentros fue el lugar de trabajo de las personas entrevistadas, por lo cual muchas de las respuestas se realizaron en la interacción con los objetos, el espacio y las personas que allí se encontraban (y que se encuentran cotidianamente). Además, participamos de varias actividades en esos espacios y con esas personas, lo que sirvió tanto para el contacto como para observar acciones a las que hacían referencia en las entrevistas. Toda esta información es importante al momento del análisis como técnica de *control de datos* (qué se dice, por qué y a quién en los contextos *extra-ordinarios* de entrevistas), fue un insumo tanto para la retroalimentación (durante las mismas) y lo es para el análisis de los casos.

Las entrevistas tuvieron una duración de entre hora y media y dos horas. La guía de preguntas (que justamente orientó a quienes entrevistamos) estaba dividida en tres bloques temáticos (que nos permitieron operativizar las dimensiones de análisis):

1) Presentación de tareas y archivo:

1. Tipo de archivo (personal, grupal o comunitario, en formación, institucional: privado o estatal, local o nacional)

2. Inclusiones/Exclusiones

3. Pertenencia/ propiedad

4. Creación y cambios históricos

5. Trayectoria/ recorrido (institucional y de los materiales)

6. Cambios en pertenencia

7. Usos

2) Relación con las identidades/identificaciones, memorias y patrimonios locales y nacionales

3) Trayectoria personal en relación a los archivos (de la persona entrevistada)

La sistematización y análisis de datos fueron elaborados y discutidos por el equipo de trabajo. Si bien en la sistematización se seleccionaron fragmentos textuales de cada entrevista, en este reporte analizamos los sentidos comunes y las diferencias de cada institución o grupo que es el objetivo general del proyecto.

En el mismo proceso de indagación, comunicamos y publicamos resultados parciales (en jornadas, congresos, redes, actividades con docentes y para la comunidad que pueden verse en la bibliografía de referencia y en las redes de PEMAP –Programa de Estudios de Malvinas, Atlántico Sur y Patagonia– donde este proyecto está radicado: <https://www.instagram.com/malvinizarunaj/>).

RESULTADOS

Los resultados obtenidos se presentaron en congresos y jornadas y en dos libros (*Postales varelenses: identidades, memorias y patrimonios*, en proceso de maquetación, Amati - coord.) y un texto que estamos escribiendo actualmente (*¡Archívese!: Abrir y producir archivos y memorias en/desde la UNAJ*, Amati y Kaplan - coords.). Ambos fueron presentados en la convocatoria a publicaciones inéditas de la UNAJ -con referato externo– y en los subsidios CIC (Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires) por la directora del proyecto, para la impresión de ejemplares.

Siguiendo los objetivos y las líneas del proyecto, realizamos entrevistas (a trabajadores de archivos locales, coleccionistas, emprendedores de memorias) y observaciones (de actividades, actos y talleres de esas instituciones, y del espacio en el contexto de las conversaciones y visitas) lo que nos permitió acceder a datos: de materiales (documentos, objetos), del espacio, de las modalidades de conservación y comunicación en dichos contextos interaccionales. De este modo, relevamos diferentes usos según las disciplinas, perspectivas, pertenencias de los materiales y, a través de ellos, accedimos a diferentes modalidades de concebir las identidades/identificaciones y de producir, recordar y olvidar el pasado y las memorias.

El “tema y el problema” del proyecto (archivos para las memorias e identidades localizadas) fue abordado a partir de diferentes “líneas”, lo que nos permitió ganar “en extensión”, a pesar de perder profundidad.

En cada línea, relevamos instituciones y grupos que tienen archivos (y así los denominan) y otras organizaciones que cuentan con materiales pero no los llaman de esa manera: los modos de nominar también son parte de nuestro estudio.

1- *Malvinas*: archivos, memorias y museos de Centros de Veteranos de Quilmes y Varela, y del Museo de Malvinas e Islas del Atlántico Sur (cuatro entrevistas).

2- *Derechos Humanos*: archivos (histórico municipal y de emprendedores de memorias) del Pozo de Quilmes y la Casita de los Derechos Humanos de Florencio Varela

(dos entrevistas).

3 - *Biblioteca histórica Ex- Laboratorios de YPF- UNAJ*: archivos de la biblioteca histórica con sede en UNAJ (dos entrevistas).

4- *Archivos locales y personales*: Museo Comunitario de Artes Visuales y Archivo Histórico de Florencio Varela, Museo de Fotografía y Museo de Artes Visuales de Quilmes y archivos de artistas (cuatro entrevistas).

Los principales hallazgos de esas entrevistas y visitas institucionales son presentados en este informe técnico en relación a:

1. Modos de nominar, concepción, pertenencia y tipo de archivos/materiales
2. Modos de recolectar, clasificar y diferenciar(se)
3. Usos y comunicación

Nombres, pertenencias y tipologías

Las denominaciones y modos de nominar, la historia de creación y la dependencia organizacional determina distintos grados de institucionalización. En líneas generales, podemos señalar que, en la muestra analizada, encontramos una formalización *alta* (en el Archivo de YPF - UNAJ; el MMIAS; los archivos y museos municipales) y entre *mediana y baja* (en las organizaciones de emprendedores de memorias, centros y museos de derechos humanos y de veteranos). Si bien esta cuestión era un resultado esperable, ya que la estatalidad supone formalización y burocratización y, a partir de ellas, prescribe que un archivo sea considerado como tal, al interior de cada una de esas tipologías encontramos distinciones: diferentes modos de desear, reproducir o criticar esa institucionalidad.

Tal como se esperaba, las pertenencias impactan en los modos de organización y diferenciación: los archivos oficiales y estatales garantizan –en distintos contextos y condiciones, en general siempre precarios o insuficientes– empleos y horarios, presupuestos, diferenciación de funciones, equipos y equipamientos, etc. En cambio, las colecciones, espacios, centros y museos sociocomunitarios cuentan con trabajo voluntario, el aporte de privados o la articulación con otras instituciones que les permite comenzar a formar sus propios archivos y comunicar sus identidades y memorias.

En esta primera distinción –propia del campo– podemos observar archivos “dados” y materiales “personales o sociocomunitarios” que no suelen denominarse como archivos, en el camino entre lo propio o personal y lo público. Justamente en ese contraste, observamos

reconstrucciones institucionales y memorias estatales sin perder de vista a las y los actores sociales. El hecho de no jerarquizarlos y no excluir unos por sobre otros, nos permite repensar “categorías usualmente irreflexivas”.

Lila Caimari (2017, p. 16) distingue el archivo “dado” (“público o privado, material o digital”) del archivo “propio” (“el que se construye para un proyecto”). Encontró esa diferenciación en su propio trabajo de archivo, en su oficio de historiadora. Mientras a los primeros los llama “dados”, ya conformados y creados por normativas bajo la autoridad estatal; los segundos son denominados “propios”, en formación e, incluso, en algunos casos, ni siquiera se denominan así. Tanto quienes investigan como cualquier otra persona, van formando su *propio* archivo. En algunos casos, esos archivos personales se donan y se forman “fondos” (como en el Museo Fotográfico quilmeño, por ejemplo, que llevan el nombre de las colecciones de fotografías reconocidos en la localidad); en otros, los grupos de la sociedad civil van conformándolos, como veremos, bajo otras nomenclaturas y clasificaciones.

Cada institución o grupo naturaliza su propia definición y sus clasificaciones, sobre las que rara vez reflexionan (una de ellas fue en las entrevistas), suelen regirse por “leyes” ya sean escritas o tácitas para *recolectar/ buscar/juntar, conservar/guardar, usar y mostrar* esos materiales. De este modo, en las instituciones estatales (las de la nación y los municipios pero también las de las universidades, aunque –a diferencia de las anteriores– tienen autonomía) el archivo es tal cuando sus colecciones son “históricas”: los materiales no están en uso, ya no es un archivo “vivo”. Por ejemplo, los expedientes municipales que se abren y utilizan en distintas áreas (y suelen girar de un área a otra) pasan a un archivo “intermedio” y recién cuando “se cierran” integran la colección del archivo: cuando dejan de estar “vivos”, es decir, cuando dejan de utilizarse cotidianamente, pasan a “la historia” y al archivo.

Esas acciones están estipuladas por normativas ya sea que esos archivos siempre hayan pertenecido al Estado –se crearon “desde arriba”, como en el ejemplo anterior– o se hayan formado por iniciativa, demanda o donaciones de la sociedad civil –“desde abajo”–, como es el caso de los fondos documentales donados por personas reconocidas de la localidad (por ejemplo, Alcibíades Rodríguez en el Museo Fotográfico) o por organizaciones sociales (como el fondo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires a cargo de la Comisión Provincial de la Memoria –CPM– que también comparte la custodia del ex Pozo de Quilmes junto con el Colectivo Memoria, Verdad y Justicia local). Este caso de archivos estatales gestionados por organismos o asociaciones civiles, en su carácter mixto (estatal - asociativo o comunitario), también está regido por leyes estatales.

Distinto es el caso de los archivos de los ex Laboratorios de YPF, que pasaron a formar parte de la Biblioteca Histórica, Centro de documentación y Archivo Histórico de la UNAJ, con la creación de la Universidad: pertenecen a esa institución “de hecho” –como “herencia del edificio”– no por “derecho”. Esto tiene que ver con la autonomía universitaria pero también

con la historia particular del edificio y las políticas de privatización de empresas (YPF se privatizó en 1999) y de creación de universidades públicas (la UNAJ se inauguró en 2010).

En las entrevistas, no sólo aparecen estos datos y las referencias a las normativas y protocolos sino también a la reglamentación que sustenta que sean o no “abiertos”, quiénes pueden consultarlos y cómo. Si bien los archivos municipales están abiertos a la comunidad, incluso envían y digitalizan materiales por mail; los estatales-mixtos y los universitarios suelen estar restringidos a investigadores y especialistas. La preocupación por la conservación y el cuidado (tanto del espacio como de cada material al momento de la consulta) y los recaudos para digitalizar (bajo las normas de propiedad intelectual y cesión de derechos) son centrales. En ellos, hay un respeto por “lo jurídico” (son agentes estatales) en lugar de una apuesta por “lo político”: la decisión de abrir o no archivos apoyados o promoviendo otras normativas (o escapando de la burocratización y del poder y penalidades estatales).

En cambio, en las organizaciones civiles estos datos no suelen aparecer. Allí se privilegia la función de comunicación por sobre la conservación, cuidado y recolección. En los centros de veteranos, la función primordial fue la de “malvinizar”, visibilizar las memorias e historias personales y locales² (ya que las organizaciones agrupan a los veteranos nacidos o residentes en Florencio Varela y Quilmes). Los archivos (que ellos denominan de otro modo: cartas, armas, cascos, vestimenta, fotos, etc.) son personales y en algún momento los llevan a la asociación y a las escuelas, a muestras y ferias. En algunos casos, ante el intento de donarlos a instituciones nacionales (como el MMIAS) y la negativa de estas organizaciones estatales,³ los centros decidieron construir sus propios “museos”. No hay una clasificación previa sino que se ordenan para el momento de las actividades (llevan diferentes tipos de materiales en “la caja” según sea la escuela o la muestra, ordenan las exposiciones en tipos de materiales: fotografías, cartas, prensa... o en tipos de correspondencia epistolar: cartas, aerogramas, telegramas). También las personas son importantes: a quiénes pertenecieron o pertenecen esos materiales. De todas formas, no hay un orden de clasificación, ni siquiera alfabético. Con la creación de los museos, algunas personas donaron sus pertenencias y otras, las dieron en préstamo.

En el caso del ex Pozo de Quilmes, lo central es el espacio de memoria y las historias que pueden reconstruirse de las personas que fueron detenidas en ese centro clandestino.

² Lo mismo sucede con los archivos de artistas, periodistas y coleccionistas locales cuya función es *comunicar* antes de conservar esos materiales, prima un uso *artístico, didáctico o informativo*.

³ Es interesante observar que los motivos de estas instituciones aparecen también en las entrevistas realizadas a archivos estatales locales y universitarios: el expurgo necesario porque no tiene un valor histórico o cultural, no se corresponde con la serie o clase de archivos conservados, se trata de objetos o archivos repetidos, o por el hecho de ser un museo y no un archivo (o viceversa). Desde el estado, el valor patrimonial está especificado así como la división disciplinar e institucional: archivo, museo y biblioteca. Esa división o clasificación propia de los Estados nacionales y de las ciencias y técnicas asociadas, no es propia de las asociaciones civiles que tienen otro modo de concebir las colecciones.

Recogen testimonios a través de entrevistas que –por el momento– almacenan en sus computadoras personales, tanto de sobrevivientes y familiares como de vecinos.⁴ El resguardo de las palabras de las víctimas del terrorismo de estado son su principal objetivo ya que constituyen archivos “sensibles” y pueden ser utilizados por los juicios aún vigentes. Además de esas entrevistas, confeccionaron un listado de desaparecidos, y su vinculación política, organizado por fechas (de caída) y no por orden alfabético. Como en los casos anteriores, al ser un espacio de memoria, esos materiales y otros –como la reproducción de fotografías de los detenidos-desaparecidos son utilizados en las visitas y actividades del centro.

En los tres casos, son las asociaciones civiles las que tienen un alto grado de formalización (un registro o reconocimiento estatal, libros de acta, memorias, autoridades, asambleas, etc.) y no sus archivos que son *vivos* o aún están *en formación*, y en ese sentido son *abiertos*. Los tres gestionan museos o espacios de memorias, un tipo de organización centrada en el público, la comunidad local y las escuelas. Tienen menor grado de formalización (si los comparamos con los archivos municipales y el universitario) pero, al mismo tiempo, mayor autonomía. No hay protocolos específicos por fuera de los que se da el propio grupo. A partir de ese trabajo voluntario en los museos o espacios de memoria, van generando o recibiendo archivos que denominan de muchos modos: “la caja”, “el baúl”, “las carpetas de la computadora”, etc. donde guardan distintos tipos de materiales: documentales, fotográficos, audiovisuales, registros orales, entrevistas, etc.

Los museos de los centros de veteranos, si bien en lo edilicio son claramente identificables, no tienen un reconocimiento estatal (a diferencia del ex Pozo de Quilmes e incluso de la Biblioteca de los ex Laboratorios de YPF por pertenecer a una universidad nacional). Sin embargo, tienen un reconocimiento y valoración educativa y cultural muy extensa localmente: son visitados, conocidos y consultados por la ciudadanía, las escuelas, las autoridades, la prensa local, estudiantes universitarios e investigadores de la zona.

Recolectar, clasificar y valorar

En los archivos “dados”, ya conformados, la recolección fue parte de una etapa previa: recibieron documentación y materiales con una organización y clasificación previa que tuvieron que reordenar. Es el caso de los museos municipales. En estos archivos, hay una idea sobre lo preexistente, como si se hubiera formado “naturalmente” sin intervención humana o con una intervención dada, que no se puede modificar sino, en todo caso, mejorar dentro de los protocolos de la archivística: la naturalización y presencia estatal. Es un archivo *dado o recibido*, no se conforma, no se salió a recolectar. En verdad, la documentación, ya sea en papel o fotografías, fue generada por el municipio y los vecinos, en una etapa histórica donde la formación de los estados y de los archivos eran centrales (justamente, datan de fines del

⁴ Allí funcionaba la Brigada de Investigaciones de la Policía de la Provincia de Buenos Aires.

siglo XIX) e incluyen ciertos actores y tópicos que también aparecen naturalizados: el Obispado, los actos de gobierno local, las actividades culturales de la época (como la carreras de ciclismo o automovilísticas), etc. De hecho, cuando algunos usuarios de los archivos buscan otros actores o grupos (por ejemplo, sectores populares o documentación de otros municipios próximos) las respuestas son cerradas, en el sentido que no surge, a partir de los requerimientos, la necesidad de buscar esos materiales: en todo caso, se derivan a otros archivos (con los que están conectados) que “deberían” tenerlos. La naturalización de esas divisiones y fronteras son de uso corriente. El problema que sí se visualiza es la excepcionalidad de estos tipos de archivos en otras localidades: no hay archivos históricos municipales en Quilmes, Berazategui o Avellaneda y no hay archivos fotográficos en Varela, Berazategui o distritos cercanos. En el caso de la Biblioteca y Archivo de los ex Laboratorios de YPF, se dividió con la privatización. Esas divisiones estatales de distintas instituciones y de empresas mixtas, hace que las series y colecciones no puedan pensarse juntas y son los usuarios quienes deben seguir los rastros de los archivos, con la ayuda de las archivistas.

Por otra parte, si bien son archivos “dados” no son totalmente cerrados: son conscientes del devenir. Tanto porque en algún momento, nuevos materiales ingresan: ya sea porque los vecinos donan sus archivos personales como por el transcurso temporal: los archivos en uso se vuelven históricos (por el momento, en los archivos de nuestra muestra, llegan hasta la mitad del XX). En relación al paso del tiempo, tanto la muerte (y donación de familiares) como los aniversarios redondos son los que reactivan esas incorporaciones de material. Es interesante una frase retomada de Grant. B. Romer, colocada en la sala de guardado del Museo Fotográfico quilmeño (con sus cajas ocupando todo el espacio) donde se compara la preservación de las fotografías con el Titanic, el transatlántico británico que se hundió en 1912: “Siempre hay más pasajeros que botes”. En el contexto del Museo, la frase se resignifica: siempre hay más archivos que los que pueda albergar y preservar el Archivo. De todos modos, nuevamente aparece la idea de lo que *se tiene* y lo que *se recibe* y no la de salir a recolectar, de poner en valor y organizar nuevos fondos que les son entregados.

En algunos casos, hay una copresencia de archivo y museo. En el Museo Fotográfico, ambas instituciones conviven, si bien hay una distribución del espacio que diferencia la sala “de trabajo” de la sala “de guardado”, la primera, en el recorrido del museo, abierta al público, con un cartel que comunica la aceptación de donaciones, la estabilización y catalogación. En el Archivo de Varela, en cambio, si bien comparten el establecimiento, hay división de funciones desde el organigrama y quienes trabajan en cada área. Podríamos decir que *el museo fotográfico tiene un archivo* y que *el archivo histórico no tiene un museo*, aunque realiza en el museo muestras temporales con los archivos.

Esa división entre museo y archivo, a la que se suma la biblioteca, es la que determina la separación de diferentes tipos de materiales en los archivos estatales y universitarios (a pesar de que en los archivos hay –aunque en menor cantidad– objetos y libros) y también

determina la valoración de cada uno: por su pertenencia a la serie que se resguarda, la antigüedad, la originalidad, su carácter de único y sobre todo *localizado*. A pesar de esto, se critica la consideración de los mismos como “divino tesoro” propio de los archivos de áreas/ expedientes y personas que finalmente, terminan donándolos al archivo porque no son debidamente cuidados y tampoco son abiertos o consultados por la ciudadanía. Estos, en cambio, son los espacios adecuados para la limpieza y la conservación así como la enseñanza del correcto uso para las consultas: “doctores de papel” como se denomina un programa del archivo varelense a partir de la denominación de talleristas porque equipadas con guardapolvos, guantes y barbijos “curan” los materiales (“enfermos” con microorganismos, pulgas de papel, insectos bibliófagos”) pero también los “descontaminan” (de ganchos y alfileres de metal, usuales en los expedientes; de folios, álbumes y sobres plásticos que dañan el papel fotográfico –sobre todo en fotos a color–). La limpieza de los materiales, la correcta conservación (en el espacio con la temperatura y humedad adecuada, alejados de la luz solar y en cajas y sobres contruidos en función del archivo u objeto, no estandarizados sino producidos a partir del tamaño y características de los materiales) y la correcta consulta (con guantes y estecas, se puede anotar en los propios cuadernos pero con lápices y no lapiceras de tinta -para evitar accidentes- y fotografiar pero sin flash, etc).

En ambos archivos, el acceso es abierto, a diferencia de la Biblioteca de los ex Laboratorios de YPF donde la consulta está restringida a docentes investigadores de la UNAJ. Cada institución cuenta con distintos espacios: de guarda, de trabajo y de consulta. En el caso del archivo varelense, hay muchos documentos digitalizados que envían por mail a quienes lo soliciten. Además, los materiales más valiosos son digitalizados ya que la consulta del original es limitada o excepcional. En el caso del museo fotográfico, la distinción entre fotos y reproducciones, e incluso de copias no originales y fotocopias está incluida en la clasificación (si es el único registro con el que se cuenta).⁵

Usos y comunicación/divulgación

Como vimos, más allá de las diferencias entre los archivos “dados”, estatales o universitarios, si los comparamos con los de emprendedores de memorias y organizaciones sociales, la preponderancia en estos últimos no está en el espacio de conservación y en la prescriptiva archivística sino que parten de la comunicación y los usos. Esto no sólo tiene que ver con el hecho de no constituir *todavía* un archivo o ser un archivo *en formación* sino con la característica de ser agrupamientos no estatales que se organizan para instalar memorias,

⁵ La temática de la digitalización y el acceso provocó un giro en los archivos (acorde a los cambios tecnológicos que llegan hasta la inteligencia artificial) que no siempre tiene impacto en la práctica, ya que es muy desigual en los países ricos y pobres, pero provoca múltiples reflexiones y críticas, posturas apocalípticas e integradas (Caimari, 2018). Pero cambia las condiciones de trabajo y producción archivística: se pasaría de la escasez a la superabundancia.

demandar reconocimientos de la justicia pero también un reconocimiento social: un lugar en la historia. El devenir de esas organizaciones da cuenta de un pasaje del espacio personal e íntimo al espacio público, con marchas, performances, charlas (donde llevaban materiales, objetos, emblemas), a la institucionalización de organizaciones a partir de las cuales fueron creando –o acordaron la gestión mixta de– museos y espacios de memoria. En relación a este tema, la búsqueda de materiales, es una acción cotidiana que privilegia la difusión de esas informaciones en lugar de preocuparse por los protocolos archivísticos.

En los centros que agrupan veteranos de Malvinas y sus familiares, recolectan los materiales (no importa si son originales o copias) para realizar las charlas o exposiciones: están en “la caja” que llevan a la escuela (y tratan de llevar “un ejemplar de cada cosa”) o en “el baúl” con cartas que reciben de las escuelas (que -aunque son actuales- no purgan por el afecto con que fueron realizadas por escolares y maestras) o las ordenan “intuitivamente” (carta, aerograma, telegrama; prensa; armamento; banderas; o las dividen según los lugares donde combatieron...) en función de la puesta del museo o la exposición temporaria. En el ex Pozo de Quilmes, se privilegia la palabra, por lo cual tanto el testimonio en los contextos de visitas como la grabación de esos relatos también están pensados en función de la comunicación (ya sea para el público o para los juicios). Esos usos, clasificaciones y valoraciones son construidas para contextos de comunicación, y van configurando una suerte de archivo que no está conformado pero del que se va teniendo conciencia: *en algún momento se realizará, se ordenará*. La valoración y los *cuidados* parecen estar más asociados a las emociones y lo humano: no compartir fragmentos de cartas o testimonios que son dolorosos y sensibles (como el caso de las violaciones a mujeres en los centros de torturas) o compartirlos sin identificar a las personas, o comunicar sólo aquellos que son necesarios para los fines y objetivos de una visita guiada o una actividad abierta.

Si bien en algunas entrevistas de organizaciones sociales –tal como en los archivos municipales y universitarios aparecía la idea de “tesoro”– refieren a la misma palabra pero en diminutivo y con otro sentido: “tesorito” alude a una valoración que no está dada, presupuesta o naturalizada (como es el caso del tesoro público o nacional por la magnitud, rareza, unicidad, originalidad, antigüedad) sino que se trata de una apreciación *personal y afectiva* que incluso podría no ser valiosa para los demás.

Se trata de una valoración no comprobada ni reconocida por las disciplinas o por el Estado (no *entró* en los archivos ni en la historia nacional, regional o local) sino relacionada con la *propia* historia o biografía, aunque sí –como testigos directos– está localizada en la fecha, periodo e incluso el espacio del propio grupo (la guerra de 1982 o la última dictadura militar, el lugar donde se combatió y la pertenencia a una de las fuerzas armadas o el espacio donde fueron detenidos/desaparecidos y torturados y la pertenencia a una organización política, social o religiosa). También son las más valoradas por otros grupos y asociaciones del mismo tipo, por ejemplo, por los veteranos o los militantes de derechos humanos de otras

localidades o provincias. Esas valoraciones sociales suelen no generalizarse y desconocerse desde otros grupos. Es raro encontrar en los espacios de derechos humanos referencias a las organizaciones de ex combatientes y veteranos (a no ser que específicamente aludan a un tema “afín” a sus organizaciones, por ejemplo las denuncias de soldados por estaqueamientos y torturas durante el conflicto bélico). Y también no es usual que en las asociaciones de veteranos se refiera a las madres o los desaparecidos, a pesar de *compartir* el periodo histórico, como si los recuerdos y memorias estuviesen *ya divididos y clasificados en temas separados* (algo que sucede en los especialistas del campo académico y científico y también en el Estado nacional: por ejemplo el MMIAS y el Espacio de Memoria y Derechos Humanos Ex- Esma comparten el predio pero no es usual que realicen actividades conjuntas y las muestras están claramente diferenciadas, enfatizan lo específico y particular en lugar de la articulación). Lo que está ausente es la interconexión o articulación entre esas temáticas, espacios, archivos como si esa división fuera “natural” y no producto de la historia del Estado moderno.⁶

Otra característica común, desde el campo sociocomunitario, es *el deseo y la conciencia de constituir un archivo*, de pasar del “pequeño archivo” al “gran archivo”, de transformar ese “conjunto de papeles apelmazados”, esas “carpetas con nombres”, “materiales repetidos”, “listas o inventarios” “muy intuitivos” o “despelotes”. Eso supondría un crecimiento en el ordenamiento y la posibilidad de comunicar de otro modo porque en el estado actual, no se sabe lo que se tiene, lo que falta, lo que les gustaría tener. Sin embargo, el mayor impedimento, además del económico y laboral, es la conciencia de saber que esos materiales “ya no serán propios”. En ese deseo (más que necesidad) aparece la reiteración de tradiciones y estándares archivísticos y de obtención o donación de objetos únicos: por ejemplo, en el caso de los veteranos quilmeños, querrían tener algunas cruces de madera del cementerio de Darwin, en las Islas: las que sacaron para cambiar por otras con el Plan Proyecto Humanitario de reconocimiento de los cuerpos de los caídos que estaban, hasta ese momento, sin identificar.⁷

RECOMENDACIONES O DISCUSIÓN

Este informe presentó los resultados de un proyecto que se propuso indagar los sentidos y usos de archivos localizados en Florencio Varela y Quilmes, las relaciones con otras

⁶ Hay referencias pero son mínimas: un objeto, una fotografía, un cartel. Por ejemplo, en el MMIAS aparece una fotografía gigante de Delia Giovanola, madre de Plaza de Mayo en la marcha de 1982 con una frase que dice: “Las Malvinas son argentinas, los desaparecidos también”.

⁷ Algunos centros tienen en su museo la placa de mármol con la leyenda “Soldado sólo conocido por Dios” de los caídos de la localidad, como es el caso de Florencio Varela por donación de la familia de uno de ellos. En el cementerio de Darwin, luego de la identificación, figuran los nombres y apellidos.

instituciones, grupos y usuarios, sus variaciones y particularidades más allá de la naturalización con que los concebimos en el campo académico.

Para esto, fue necesario desnaturalizar y reflexionar sobre nuestras propias categorías y teorías, trabajar en distintas líneas e interdisciplinariamente. De hecho, quienes integran el equipo de investigación pertenecen a distintos campos y disciplinas (ciencias humanas y sociales, historia, cultura, literatura, artes) lo que supone diferentes sentidos sobre el archivo, las fuentes, los documentos.

Al mismo tiempo, fue necesario entrevistar a archivistas (los “nativos” de nuestro tema), observar los espacios y prácticas en archivos locales pero también a otros colectivos y grupos que trabajan con materiales, documentos, objetos que pueden llegar a constituirse como archivos. Estos actores y grupos sociales rara vez son tomados como fuentes para la temática de los archivos, patrimonios y memorias locales o nacionales (es decir, por fuera de la temática principal, objeto de sus asociaciones, en los casos seleccionados: la guerra de Malvinas y la última dictadura).

Las *desconexiones de las disciplinas* al momento de plantear un tema/ problema de indagación, las *desconexiones de los campos* en que se dividen archivos, museos y bibliotecas y las *desconexiones territoriales* (nacionales –centrados en CABA y algunas otras grandes ciudades– y locales) marcan fronteras que se naturalizan y provocan más divisiones. Los hallazgos y resultados relevados fueron posibles por determinaciones teórico-metodológicas *heterodoxas* que nos permitieron saltar esas fronteras y divisiones, reflexionar sobre los procesos de formación y reproducción de las mismas y comparar sentidos, actores y campos que usualmente no se relevan en un mismo proyecto, no se discuten en los mismos congresos o mesas, no se enseñan en las mismas carreras.

A partir del giro posmoderno que se propone abrir las ciencias sociales (Wallerstein, 1996), se critica la pretensión de universalidad y su carácter determinista. Esto es, en lugar de dividir en partes, se recomienda abordar los problemas *en su complejidad e interacciones*, algo que –a la luz de nuestro proyecto– también puede recomendarse en relación a los archivos. Esto supone otra metodología para el trabajo de investigación, hay varias opciones de larga data, aunque suelen desvalorizarse desde el cientificismo y el positivismo: la investigación acción, la investigación acción participativa, el extensionismo crítico, el análisis de la reflexividad o la implicación, etc. Este estilo de trabajo en campo o de vinculación (y sus métodos asociados) permite construir y recolectar colectivamente fuentes que son valiosas para esos grupos en lugar de considerar valioso sólo a aquello ya patrimonializado por el Estado o los grupos dominantes entre los cuales suelen encontrarse los intelectuales y los grupos académicos.

Otro giro tuvo que ver con el cambio tecnológico: de la escasez, se pasó a la sobreabundancia de archivos; de los repositorios *online* institucionales (como el Repositorio

Institucional Digital [RID] de la UNAJ y el Sistema Nacional de Repositorios Digitales [SDRD] del ex MinCyT, entre otros) a las páginas y diseños de nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación (TICs) y la Inteligencia Artificial (IA). En este aspecto, una cuestión para nada menor, obedece a las condiciones de producción nacional e institucional, como a las condiciones de comunicación y divulgación científica, pues el financiamiento de los estados en sus distintos niveles, se vuelve medular para el avance de estos proyectos.

Estos giros, problemas y temas pueden profundizarse en otros proyectos, ya sea que se repliquen en las mismas localidades (extendiendo el universo y muestreo) como en la inclusión de otros municipios y regiones. Otra posibilidad es realizar indagaciones al interior de cada universo (el estatal, el universitario y el de organizaciones sociales). En cualquiera de esas opciones se problematizan resultados y hallazgos *localizados y descentrados* en tensión con una tradición científica y estatal basada en la división y pretensión universalista.

Otra propuesta interesante es la de “escribir la experiencia del archivo”. Como sostiene Lila Caimari (2018, p. 7) se trata de la potencialidad del archivo: “una instancia de gran intensidad que es disimulada, poco menos que reprimida en las representaciones formales de la investigación” que habilita nuevas líneas poco transitadas: “subescritas” pero “sobrecomentadas”. Para esto, según la historiadora, “la operación fundamental es la misma de siempre: el establecimiento de conexiones” (p. 8). Es posible y deseable entonces “crear líneas tan distintas como los usuarios que las construyen” (p. 8) y quienes investigamos estamos entre ellos.

CONCLUSIONES

Los archivos y patrimonios tienen la capacidad de representar simbólicamente identidad/ es: dicha capacidad, entonces, explica la movilización de recursos para su conservación y desarrollo (Prats, 1997, p. 22). Esto es algo presente históricamente en los grandes archivos y patrimonios nacionales (desde la formación de los Estados-nación, tal como vimos en la introducción), lo que para Prats (2005, p. 25) llevó a una consideración paradójica: habría “localidades sin patrimonio”, ya que esos archivos y objetos son referentes “de escaso interés más allá de la comunidad”: olvidados o invisibilizados por el Estado y por las disciplinas científicas.

Teniendo en cuenta el muestreo de nuestro proyecto, pocas localidades tienen sus archivos: en las referidas en la muestra, solo Florencio Varela. La lógica archivística y patrimonial es la misma que la nacional: más allá de la pertenencia o jurisdicción, de las diferencias en presupuestos y nombramientos, son sostenidos con recursos económicos, de infraestructura y de personal. Esto es así porque el coleccionismo, la patrimonialización y el uso de los archivos son un tema al que se han abocado los Estados (nacionales pero también provinciales y municipales) junto con las ciencias que inventariaban, catalogaban y

delimitaban fronteras en las identidades y en el valor de las colecciones: una identidad nacional, hegemónica, homogénea, blanca, occidental, masculina, de las elites.

El Estado, en todo caso, detenta el poder de *conservar* archivos, disponer un espacio (siempre limitado y acotado), en interrelación con sus otras funciones, las de *consulta* y *comunicación*, es decir, monopoliza estas acciones. Además, los nomina como tales, estableciendo con esto qué entra y que no entra en el archivo: qué es o no memorable, preservable o archivable. Con este proceso de nominación, diferencia los materiales archivísticos, museológicos y bibliográficos. Asimismo, permite (o no) el acceso, en una selección con frecuencia restringida y exclusiva de quién/quienes pueden consultarlos, con unos protocolos específicos para la consulta, al tiempo que regula su circulación/ utilidad en relación a una lógica de organización/ uso para sus cometidos: los establece como *vivos* (*o en formación*), *intermedios* o *históricos*. La misma lógica estatal aparece en los archivos universitarios: la capacidad de lo instituido o naturalizado que borra sus marcas de nominación, división, clasificación: concebido como “*dado*” (ni hecho ni formado). Y aunque se supone que son públicos, es decir, de toda la comunidad nacional, frecuentemente eso es algo olvidado, como si fuera propiedad de la entidad o administración central, provincial o local.

A diferencia de esos archivos estatales, desde la sociedad civil, quienes emprenden memorias tienen una relación más laxa con todas las dimensiones mencionadas: los materiales *circulan*, su pertenencia puede ser personal o circunstancial y no suele plantearse explícitamente, movida por *el deseo y la intención de conservación*. Estos archivos se *revelan* a quien lo solicite sin restricciones y sin que se los preserve del deterioro del paso del tiempo. Hay conciencia de la finitud del archivo, pero, al mismo tiempo, se postergan las acciones de protección. Cuando los emprendedores de memorias se relacionaron con instituciones estatales, el contacto instaura en el espacio público al archivo (por ejemplo, a través de muestras): estos *movimientos* (de lo privado a lo público, de lo social a la relación con -o contra- lo estatal) lo reconfiguran, lo recolocan; aparece una valoración diferente para quien posee el archivo, para su comunidad cercana y para quienes lo conocen a través de esas intervenciones. Sin embargo, es central ese pasaje de la pertenencia o titularidad personal a la sociocomunitaria (cuando ese archivo no es sólo expuesto en una muestra o llevado a visitas escolares o universitarias sino donado a la organización o “cedidos los derechos de uso”). Pertenencias personales que se reformulan también con el pasaje de lo privado a lo público pero también de lo analógico a lo digital.

Desde el Estado o el campo académico esto es cada vez más registrado pero no retomado. Por ejemplo, para Guereña (2010, p. 233) las colectividades territoriales⁸ tienen

⁸ Si bien dicho historiador está analizando el caso de los archivos de Salamanca y por supuesto, podemos observar diferencias históricas y territoriales entre España y Argentina, creemos que es interesante esta observación ya que también la escuchamos en algunos colegas de nuestro país. Sería interesante avanzar a partir

“una “curiosa” concepción patrimonial” que causa “serios problemas de competencia ajenos a las necesidades de los historiadores para quienes la cuestión de la titularidad es intrascendente”. Para este historiador, lo que los investigadores necesitan es que tengan criterios y clasificaciones coherentes y eficaces (p. 238) además de estar localizados y concentrados (p. 233).

Sin embargo, el archivo es siempre un fragmento en dos sentidos: por un lado, nunca se puede tener el conjunto completo de documentos que una experiencia produce: el archivo tiene límites, es infinita la intención del “archivo perfecto” (en tanto terminado). La diferencia es que el Estado tiene la pretensión de universalidad mientras los espacios locales siempre tienen conciencia de su particularidad, marcada por la diferencia y la falta. Por otro lado, como vimos, los individuos, instituciones o estados, separan, fragmentan y aíslan los archivos y las series de maneras más o menos arbitrarias y son las intervenciones de los usuarios las que relacionan, ponen en contacto, los religan tanto física como simbólicamente. Justamente fue a partir de las desconexiones que se producen y reproducen en los archivos, que observamos en nuestras entrevistas, nos propusimos reflexionar desde la heterodoxia metodológica y la interdisciplinariedad y realizar un trabajo que *reúne* archivos y problemáticas, lógicas, actores y disciplinas: para horadar divisiones que muchas veces fragmentan el abordaje de nuestro tema.

El archivo condensa memorias, establece identidades e identificaciones en el proceso de reunirlos (si está en formación) o de custodiarlo, conservarlo o trabajar en/con él (si es dado). Desde una perspectiva localizada y descentrada, pudimos seguir los movimientos que atraviesan entrevistas, observaciones, actividades, trayectorias de cada archivo, institución o centro, que van configurando series, memorias e identidades, despliegan tópicos y atraviesan fronteras.

Próximo, vemos el futuro y continuidad de nuestro proyecto y de los archivos estudiados: seguir pensando las conexiones y relaciones *entre* documentos, emprendedores de memorias, sujetos e instituciones (tanto estatales como comunitarias), sorteando la tentación de cerrarnos en cada archivo particular (pertenezca a individuos, asociaciones o a instituciones del estado) y de cerrarnos en “nuestra institución particular” (la UNAJ, nuestras disciplinas y saberes previos –como equipo de investigación–). El trabajo de campo supuso nuestra presencia en los archivos e instituciones, en las actividades y muestras, en el registro de observación y en la toma de entrevistas. Los sentidos a los que accedimos se construyeron en esa interacción entre grupos de archivistas, emprendedores de memorias y de museos y archivos y nuestro grupo de indagación.

de los resultados de nuestro proyecto en las representaciones y usos académicos tanto de los archivos estatales como de los de emprendedores de memorias.

Nuestro trabajo con los archivos y las conclusiones a las que arribamos supone el respeto por lo empírico y evita los *aprioris*. Parafraseando a Daniel Link: “No se puede ir al archivo [ni concluir sobre él o salir de él] con ideas preconcebidas sobre el mundo, sobre las clases sociales, sobre el poder, sobre la felicidad, sobre la literatura [...]. Cuando llegue el momento, el cuerpo hablará y descubrirá un sentido” (2019, p. 26).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Amati, M. (coord.) (2024) *Postales varelenses: identidades, memorias y patrimonios*, en proceso de maquetación.
- Anderson, B. (2000) *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Arfuch, L. (2005). *Identidades, sujetos y subjetividades*, Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Burke, (2000). *La historia como memoria colectiva. Formas de historia cultural*. Madrid, España: Alianza.
- Caimari, L. (2018). El historiador y el archivo, el archivo y la historia: reflexiones sobre el uso del archivo para la escritura de la historia”. *Hilos Documentales*. Año 1, No 1, e002. <https://revistas.unlp.edu.ar/HilosDocumentales>
- Caimari, L. (2017) Caimari, Lila (2017). La vida en el archivo. Goces, tedios y desvíos en el oficio de la historia. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Carvalho, J. M de (1997). *La formación de las almas. El imaginario de la República en Brasil*. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes.
- Foucault, M. (1997). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI Editores.
- Geertz, C. (2003). Géneros confusos: la refiguración del pensamiento social. En: Geertz, C. y James, C. (2003) *El surgimiento de la antropología posmoderna*, pp. 63-77.
- Grimson, A. (2011). *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Guber, R. (2001). *La etnografía: Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Norma.
- Guereña, J. L. (1995) De archivos públicos. Entre políticos e historiadores. En: *Studia historica. Historia contemporánea*, Nº 13-14, 1995-1996, pp. 233-238.
- Hall, S. (1996). “¿Quién necesita identidad?” en Hall, S, y Du Gay, P. (eds) *Questions of cultural identity*, London: Sage.
- Hobsbawn, E. y Ranger, T. (2002). *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica.

- Huyssen, A. (2002). *En busca del futuro perdido*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Link, D. (2019) Bien de Archivo, *III Jornadas de discusión / II Congreso Internacional Archivos personales en transición, de lo privado a lo público, de lo analógico a lo digital*. Buenos Aires: CeDInCI, IIAC-UNTREF y UDELAR pp. 24-45.
<https://jornadasarchivos.cedinci.org/wp-content/uploads/2019/11/Actas-archivospersonales-en-transicion-2019.pdf>
- Le Goff, J. (1998). *Pensar la historia*. Barcelona: Altaya.
- Norà, P. (Dir.) (1984). “Entre mémoire et histoire”, en Pierre Norà (ed.), *Les lieux de mémoire*, t. 1, La République, 2a ed., París, Gallimard, 2001, pp. 23-43.
- Prats, L. (1997). *Antropología y Patrimonio*, Barcelona: Ariel
- Scott, J. (2015). “Experiencia”, *La ventana. Revista de Estudios de Género*, Universidad de Guadalajara, Vol. 2, N. 13, pp. 42-74.
- Thompson, E.P. (1989) *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona: Crítica.
- Wallerstein, I. (1996). *Abrir las Ciencias Sociales: informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*. Siglo XXI.